

TESTIMONIO DE UN CUERVO

JOAQUINA RODRÍGUEZ PLAZA*

Por estos días, la gripe aviar se ha extendido. En prevención de la epidemia, los seis cuervos londinenses que durante años han vivido en la célebre torre de la ciudad han sido enjaulados. Estos cuervos tienen nombres propios: Branwen, Hugin, Munin y no recuerdo cuál más. Al que deseo traer hoy a estas páginas sigue y seguirá llamándose Jacobo, porque la gripe aviar le hace lo que el viento a Juárez: Nada. Jacobo está vivo y croajando.

Jacobo fue testigo del comportamiento humano de los confinados en un campo de concentración francés, en Vernet, y dejó un manuscrito, por supuesto en lengua corvina, que, en 1940, Max Aub encontró en su maleta cuando había salido por primera vez del campo de concentración de Vernet (que el escritor francésalemánespañolmexicano castellaniza como Vernet), y se encontraba en Toulouse tratando de huir de la persecución de la España fascista. Con esa manía que tiene la mayoría de los literatos de estetizar las ideas de cualquiera, se impuso la difícil tarea de traducir al español el *Manuscrito Cuervo* con la *Historia de Jacobo*.

No todos los que han dejado testimonio de algún acontecimiento (de interés primordialmente para ellos mismos, pues cada quien lleva agua a su molino) son dignos de confianza.

* Departamento de Humanidades. UAM-A

Pruebas de esa incredulidad en los testimonios de nuestros semejantes hay cientos. Baste los de algunos que hasta han escrito libros donde afirman que Adolfo Hitler no mandó matar a miles de miles de judíos, y que ni siquiera admiten las pruebas fehacientes del hecho genocida. Por ello, quiero aquí indagar, analizar y reflexionar sobre este testigo con el propósito de añadir algunas opiniones de manera que el lector de estas líneas decida si Jacobo es confiable o no.

¿Quién es Jacobo? Ya he dicho que es un cuervo. Que sea un ave la que testifique nos da la clave del relato: el testigo no pertenece a la humana especie. Pero esta evidencia —propia del señor Pero Grullo— no debemos obviarla o dejar pasar por alto, pues tiene implicaciones notables. El narrador de la *Historia de Jacobo* es el propio Jacobo; la voz narrativa es la primera del cuervo singular. El presente de indicativo nos indica que es un testigo presencial y presente que mira, ve, analiza y opina con herramientas perceptivas totalmente distintas de los extraños seres que observa. Jacobo es de otro mundo. Tal estatus manifiesta una lejanía del objeto observado, un distanciamiento absoluto que nos revela, por de pronto, dos aspectos de su personalidad: por un lado, es un observador totalmente objetivo capaz de crear una especial tensión entre sí mismo y los objetos contemplados; por el otro, al estar consciente de que pertenece a distinta clase, orden, familia, género y especie que los de la especie humana, nos revela su propósito: hacer evidente la falta de sentido, dirección y buen juicio de los hombres (en el campo de concentración no había mujeres)

¿Cómo es este cuervo? Todo nos hace pensar que es un egotista. Se complace hablando de sí mismo, por ejemplo en los siguientes términos: “Todo hace presumir que pertenezco a la más ilustre familia corvina. Si no lo abonara mi extraordinario destino, [...]”¹ Aquí me detengo para reflexionar y comentar

¹ Lo entrecomillado es la traducción libérrima que de la lengua corvina hizo Max Aub. Véase *Cuentos ciertos*, México, Antigua Librería Robredo, 1955. p. 151.

esa categórica afirmación de “extraordinario destino”. Es evidente que Jacobo se ve a sí mismo como un ser fuera de lo ordinario, no es un ser común; es patente a la vez su orgullo pues se siente y habla como el Gran Cuervo. Se sabe poderoso porque desde luego puede volar, y desde ahí, desde las alturas, domina con su vista todo el panorama del campo de concentración: vuela de un cuartel a otro sin que nada ni nadie se lo impida. Transita libre desde el barracón A, donde supuestamente se recluye a los detenidos políticos, hasta el barracón B, donde están los delincuentes comunes, o al C donde está la “morralla de las más variadas índoles: judíos, españoles republicanos, algún conde polaco, húngaros indocumentados, italianos antifascistas, soldados de las Brigadas Internacionales, vagos, profesores, etc.”² Y es congruente que con ese atributo de testimonio móvil nos entregue una escritura también en movimiento, cuyos trazos cartografían un universo inestable y complejo; es el universo del hombre europeo fragmentado a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, deshecho en pedacería como resultado de una Europa en ruinas. De ahí que su *Manuscrito* carezca de estructura, que esté organizado en fragmentos cortos semejantes a los desiguales trozos de cartón de un rompecabezas o de un retablo funesto, y que esos retazos tengan títulos con asuntos muy diversos: “De sus dioses”, “De nosotros para con ellos”, “Del trabajo”, “De la comida”, “De la especie”, “Del olvido”, “De la libertad” y cien cosas más ante las cuales Jacobo se extraña, por supuesto, porque es un extraño entre los otros seres vivos. Además, percibimos un abismo profundo entre la abundancia de asuntos que promete el índice de su “Manuscrito” y la escasez de lo logrado en su historia. Si buscamos una explicación de tal desbalance cabría la hipótesis de que la realidad de ese caos humano encerrado en el campo de concentración de Vernet es de imposible aprehensión.

² *Ibid.* p. 146.

Por su capacidad de mirar y observar desde arriba, entendemos que Jacobo se sienta dominador de un panorama que otros de su especie pudieran haber visto, pero no han comprendido. Para explicarlo toma la pluma por el pico y escribe “[...] un tratado de la vida de los hombres”.

Tal pretensión —escribir un tratado de la vida de los hombres— ilustra su poderosa capacidad para, desde su puesto de observación —ángulo agudo—, compararse continuamente con la especie bípida implume. Contrasta Jacobo así su origen: “[...] Mi nacimiento se envuelve en el más negro de los misterios, lo que prueba mi linaje ilustre.” Debemos admitir que el misterio del género corvino es grande. Algunas civilizaciones han otorgado al ave características de mal agüero, anunciadora de males de toda calaña por lo de su color negro y su grito lúgubre; pero Jacobo sabe defenderse maravillosamente bien de la mala prensa que su estirpe ha tenido. No anuncia algo que aún no ocurre, él sólo testimonia lo que ve en el campo de concentración, con sus ojos brillantes de mirada penetrante y sagaz. Lo del misterio de su origen es porque Jacobo no sabe dónde nació; y no sólo le importa un bledo, sino que se alegra de haber nacido de un huevo y de que su origen no esté fichado en relación con las ruindades del suelo.

*[...] los hombres han resuelto que el lugar donde ven la luz primera es de trascendencia supina para su futuro. Es decir [...] si usted ha nacido en Pekin, por las buenas le declaran chino; del propio modo si es usted bonaerense, cátese argentino, así sea blanco, negro, amarillo o cobrizo. Añádanse los pasaportes, para mayor claridad. ¿Os figuráis un cuervo francés o un cuervo español, por el hecho de haber nacido de un lado u otro de los Pirineos?*³

Jacobo es, evidentemente, un cuervo ciudadano del mundo. Es también un erudito: con seguridad, había leído a Goethe, quien

³ *Ibid.* pp. 152-153.

postuló la unidad de los hombres, “a pesar de la diversidad regional de sus culturas [...] unos cuantos no estamos dispuestos a dejarnos arrebatar lo que tan diversos pueblos nos han ido dejando [...]; herencia que reivindicamos a derecha e izquierda, a Occidente y Oriente, como patrimonio total del hombre de mañana”.⁴

La estupefacción de Jacobo ante el hecho de que los hombres otorguen tanta importancia al lugar donde se nace, nos muestra —además de su ideología y su marco teórico— su condición de apátrida. Él observa la locura de que miles de europeos estén confinados en Vernet (las sinrazones de ello nos las enumerará después) y se autopostula como un ser crítico, es decir, como un ser capaz de establecer diferencias entre sus propias maneras de percibir y analizar lo que ocurre en su entorno y lo que dicen y hacen los hombres, esos extraños, esos exiliados.

En tanto observador objetivo, debemos admitir que el método de Jacobo como investigador de campo es riguroso; “el rigor es mi razón de ser”—afirma contundente. Y lo confirmamos cuando hace explícitas sus técnicas de investigación: toma notas en fichas de observación, en papeletas donde acumula decenas de pruebas fehacientes, para darnos constancia del comportamiento humano, sin añadir nada de fantasía —“esa enemiga de la política” — ni de imaginación — “esa enemiga de la cultura”.⁵ Más aún: inserta al final de su manuscrito treinta fichas,⁶ seleccionadas como muestra de los 6 mil internos del campo de concentración, que nos aportan pruebas indiscutibles de su método científico. Las hay de polacos, húngaros, franceses, españoles, checos, belgas, lituanos en las que anota varios datos —edad, ocupación, familia—, además de las “razones” de sus

⁴ En Mercedes Figueras. “Max Aub en Alemania”, *Revista de Occidente*, No. 265, junio de 2003. p. 57.

⁵ Max Aub, *Op.cit.* p. 157.

⁶ Esta forma de consignar en fichas los datos de sus protagonistas es similar a la de Max Aub en su libro, *Imposible Sinai*.

respectivos confinamientos: ser antifascistas, cruzar la frontera sin permiso, carecer de algún papel, haber estado antes en la cárcel por robarse unas papas, ser hermano de uno que fusilaron los fascistas, por denuncia de ser comunista, por denuncia de ser anarquista, por no ser ni lo uno ni lo otro, por denuncia del socio, por equivocarse de carretera, por ser de las Brigadas Internacionales, etcétera.

En tanto perteneciente a la especie corvina y, sobre todo, ante esa trágica comedia humana, a Jacobo le es necesario echar mano del humor para dibujarla. La manera de reflexionar sobre lo que ve es la ironía. Recuérdese que desde su origen griego, la ironía es una *desviación*, lo cual es coherente con quien testimonia: Jacobo es un desarraigado, des-viado hacia espacios altos, apartado y por encima de la vía humana. Con esa ventaja y superioridad puede ser incluso socarrón y desafiante con los hombres, a quienes ve como seres irracionales en su estructura social, débiles de carácter, faltos de seriedad y todo lo demás. En este sentido podríamos acercar la escritura de Jacobo con la de otro intelectual del realismo crítico: Quevedo. Por ejemplo, una de las habilidades de Jacobo es posarse en las tapaderas de las tinajas repletas de las evacuaciones de los presos —quienes están obligados a limpiar después los depósitos de los detritus en el río— de manera que es lógico y natural que Jacobo no sólo narre, sino que también interprete y opine acerca de éstas y otras pequeñas y grandes miserias humanas. Jacobo es un ave comprometida con su tiempo, su compromiso es similar al del intelectual cuya función es revelar una realidad. Pero el realismo de Jacobo sustituye al obsoleto realismo decimonónico, se trata de una escritura que aúna el objetivismo científico con la realidad interior del cuervo. Su forma de observar es la de un biólogo que, luego, escribe y nos entrega un texto de zoología.

Es evidente que Jacobo se atribuye muchas de las virtudes que nosotros hemos asignado a estas aves: anhelo por ordenar el caos del mundo mediante su grafía y corregir la incapacidad

sinderética de los hombres allí encerrados, aunque entienda que muchas de sus deficiencias se deben a que carecen de pico y, desde luego, de alas. La carencia del primero, dice, les lleva a tener que limpiarse con fruición unos dientes que con frecuencia están podridos o en más ocasiones les faltan, en cuyo caso tienen otros de repuesto; en ausencia de alas, tienen brazos que, o bien les sirven para luchar unos contra otros fomentando así el odio mutuo, o bien para trabajar en lo que se les manda. Nadie es libre. Los hombres, asevera Jacobo, viven en un sistema aberrante e incomprensible en donde nadie hace lo que quiere. Ante tal vacío volitivo, ponen en práctica un sistema extraño: inventan a alguien para que les mande, y éstos, que tampoco saben lo que quieren, inventan ser mandados por otros que, a la vez, dependen de un mandato más alto, y así dicen que se organizan, pero ninguno hace lo que quiere.

Jacobo se expresa como un demiurgo y héroe civilizador, perspicaz, clarividente, y desde ese punto de vista, hasta puede que el lector de su manuscrito lo vea como un profetizador del devenir humano. De todo ello se vale para hablarnos de su “linaje ilustre”. Como es un cuervo ilustrado, sabe varios idiomas y comprende todo lo que dicen, hacen y sufren los presos; pero, además, en tanto ilustre ilustrado, reflexiona con su particular lógica acerca de todo lo que observa a su alrededor; por supuesto comparándose permanentemente consigo mismo. Así que ve en esos bípedos implumes debilidades extremas. La carencia de plumas —insiste en su manuscrito— da a ese ser vivo las características de las lombrices. Además, cuando llegan a viejos, su piel se vuelve arrugada, les salen espantosas manchas oscuras, se les cae el pelo y todo se les vuelve colgajos, vientres caídos, nalgas ídem. Y añade, taxativamente: se comprende por qué se visten.

No cabe ninguna duda de que los seres desarraigados son peligrosos. Desde esa situación sin sitio, Jacobo se siente en ventaja respecto de ese conglomerado de hombres “[...] con

vida tan primaria, bárbara y caótica”. De ahí el permanente tono socarrón y hasta sarcástico de sus opiniones. Se extraña, así, de que entre los hombres haya jerarquías:

¿Cómo puede comprender un cuervo que otro cuervo valga más o menos que él siendo cuervo? Todos los cuervos somos negros, y basta. Los hombres, para que no haya lugar a dudas, llevan señas exteriores de su rango: valen por sus galones [...]

El tono de voz varía según los galones. Los internados carecen de ellos. Los de más galones mandan a los de menos, y éstos a quien no los tiene. Así, de arriba abajo, descargan su enojo: del general al coronel, del coronel al comandante, del comandante al capitán, del capitán al teniente [...] Hay otros que llevan los galones dentro, llámanlos policías secretos.⁷

Tampoco concibe la enorme fragilidad de los hombres, pues se estropean con facilidad y se enferman (o inventan estar enfermos para no trabajar); para remediar lo cual sólo tienen dos buenos médicos en el lugar: ambos están internados; los otros médicos son los oficiales. Los primeros ejercen a escondidas de los segundos para evitar conflictos. En cuanto a medicinas, sólo tienen dos: la aspirina y la cárcel; si el enfermo tiene dinero, se le receta aspirina, si no lo tiene, se le receta la otra.

Jacobo reconoce, no obstante lo anterior, que giran los hombres alrededor de un notabilísimo invento que llaman “dinero”, con cuya posesión dejaron de estimarse por lo que son en sí mismos para pensar en lo que valían: -”Tú vales tanto. Tú vales cuanto. Tú no vales nada. Tú vales mucho [...] Y así cada cual fue catalogado según estimación de sus jefes.”⁸ Pero fuera de ese misterioso invento, otros les causan verdaderas frustraciones, sinsabores y abundantes lágrimas.

Creen los hombres lo que les conviene y fingen ignorar lo que no. Así siempre se sorprenden: que el gusto de todos implica el

⁷ Max Aub, *Op.cit.*, p. 188.

⁸ Max Aub. *Ibid.* p. 191.

*propio desencanto. No hay dos deseos iguales, y un solo mundo; no quieren atenerse a él y cada quisque se figura otro. Después, lloran su fantasía como pérdida realidad; lágrimas verdaderas sobre cadáveres imaginarios. Teniendo el remedio tan a pico lo desconocen queriendo. Culpa de su imaginación, que es su gusto.*⁹

En Japón, el cuervo es un mensajero divino; en el Génesis aparece como símbolo de la perspicacia; en Grecia, fueron los cuervos los que determinaron el emplazamiento del *omphalos* de Delfos. Son todas éstas y otras virtudes más con las que Jacobo se siente señalado, y, por lo tanto, no sólo está cierto del derecho que tiene para escriturar lo que ha visto, sino que está firmemente convencido de que está obligado a hacerlo.

En fin, ahí estará para siempre Jacobo, con su mirada aguda, penetrante, testimoniando los extraños comportamientos humanos, en beneficio de los muchos cuervos que en el planeta Tierra existen todavía, a pesar de la gripe aviar.

⁹ *Ibid.* pp. 206-207.

BIBLIOHEMEROGRAFÍA

1. Aub, Max: "Manuscrito Cuervo. Historia de Jacobo", en *Cuentos ciertos*. México, Antigua Librería Robredo, 1955
2. Figueras, Mercedes: "Max Aub en Alemania", en *Revista de Occidente* núm. 265, junio de 2003.